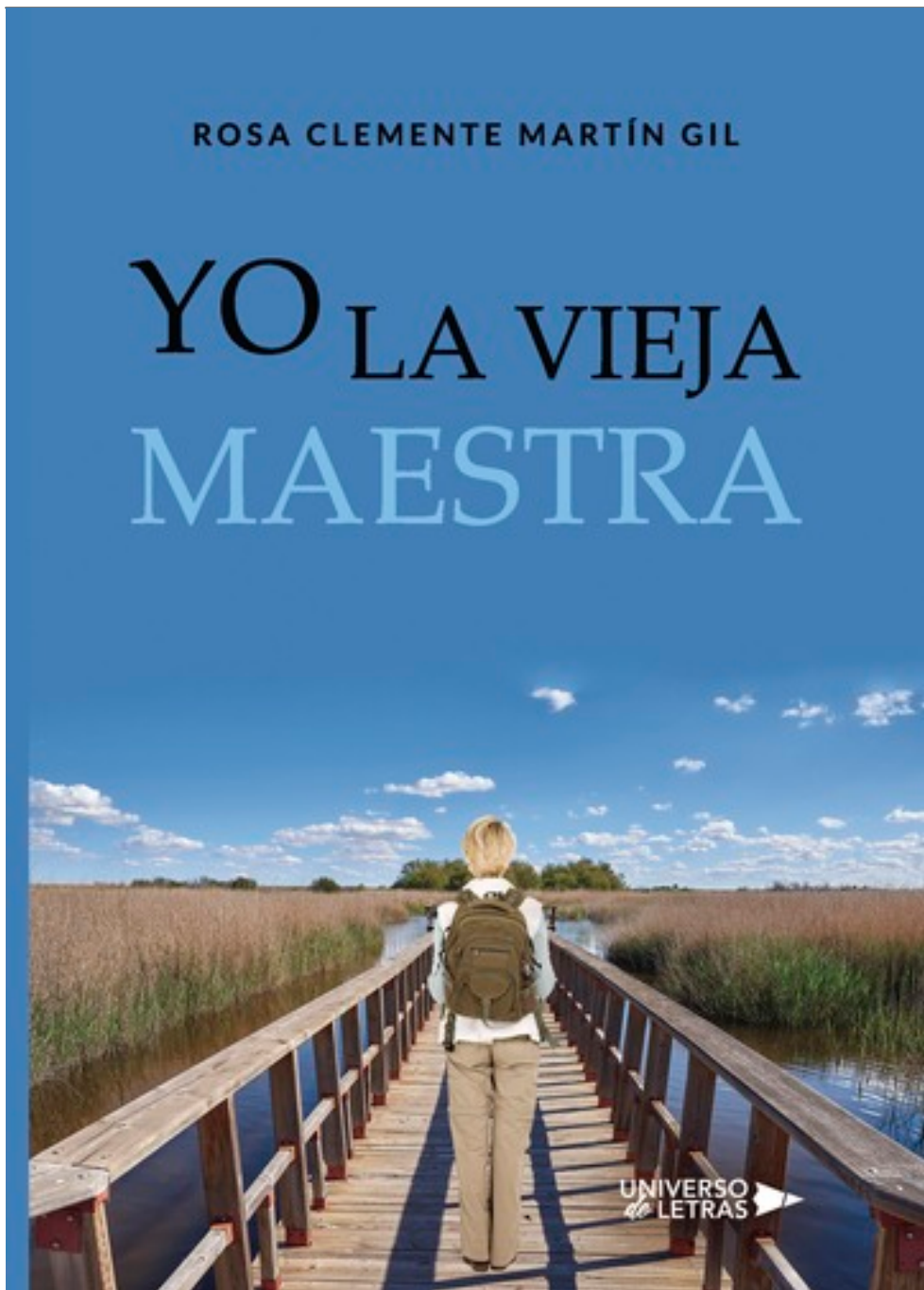


ROSA CLEMENTE MARTÍN GIL

YO LA VIEJA MAESTRA



UNIVERSO
de LETRAS

Introducción

Este libro, que hoy llega a tus manos, lo hace porque su hermano mayor, Historias de la Vieja Maestra, que recogía las entradas del blog del mismo nombre, tuvo la suficiente aceptación como para que decidiera darle continuidad.

Así puedes ver que se mezclan en estas páginas:

- Mis pequeños relatos
- Mis aventuras en el trabajo
- La transcripción de los cuadernos que nos legó el abuelo. Estoy hablando de mi padre, Francisco Clemente Ayuga, que bien pasados los 90, nos escribió sus recuerdos.
- El diario, que bien pudo haber escrito mi abuela, con la verdadera historia de sufrimiento y posguerra, personalizada en mi tía, Casilda Martín Gil Muñoz de Morales
- Mis niños..., mis queridos niños. Ellos protagonizan las páginas más divertidas. Siempre desde el respeto y el cariño.

29 de mayo del 2013
Diarios de la madre,
la hija y el señor Alzheimer

La madre, la hija y el señor Alzheimer... 1.^a

Lunes, 7 de mayo

Hoy me ocurrió algo chusco. Ayer mi hija hizo un pedido al hipermercado. Yo tenía que encargarme, como tantas veces, de recibirlo; comprobar que todo venía en buen estado y colocarlo. Sobre todo, evitar que en el congelado se rompiera la cadena del frío.

Rutinas domésticas.

Pues bueno: llaman al timbre. ¿Y qué me ocurre?

Me bloqueo. No recuerdo cómo se abre la puerta. Menos mal que he atinado a abrir la de la cochera. Y por ahí he aceptado el pedido.

Luego, me acuerdo. La lavadora estaba funcionando. Voy a mirarla. Se ha parado. ¿Y cómo se abría este trasto? Menos mal que me ayudó Irene, la señora que viene un par de días a ayudarnos. Ella la ha abierto... ¡Si era muy sencillo!

Y yo la he tendido, la ropa, para que se seque.
Estos despistes míos... ¿En dónde tendría yo la cabeza?

Emilia.

Lunes, 7 de mayo.

Hoy he notado a mi madre un poco extraña. Cuando habla, a veces, deja la mirada ausente.

Tiene la comida en el plato y la remueve, como pensando si tomarla o no. Se diría que el acto de comer le resulta algo chocante. Me pareció, incluso, que tenía menos destreza con los cubiertos.

Serán imaginaciones mías, espero. Por deformación profesional, veo patologías donde no las hay. Ya leí una vez que los que elegíamos la carrera de Psicología lo hacíamos para autoanalizarnos.

Teresa.

—Continuará—

La Vieja Maestra que teme al olvido.

La madre, la hija y el señor Alzheimer... 2.^a

Jueves, 10 de mayo.

Todas las mañanas tomo dos pastillas. Por la noche, me toca media.

Hoy me he liado. Como estaba pensando en la discusión que presencié ayer entre mi hija y mi nieto, me he tomado media por la mañana.

Cuando me he dado cuenta, me he tragado las dos.

Al rato, lo había olvidado. Y las he vuelto a ingerir.

Para que mi hija no se enfade, he escondido la caja. La he puesto dentro del congelador. Como ella ahí no mira, le diré que no las encuentro.

Es que está muy pesada con lo de
«Mamá, ¿te acordaste de las pastillas?».

Esta hija mía, que todo lo quiere controlar...

Emilia.

Jueves, 10 de mayo.

Mi madre está triste. Incluso diría que asustada. Ayer tuve una pelea tonta con Dani, que quería coger la vieja moto de su padre. Me negué en redondo. Solo me faltaba el niño por ahí, por esos caminos, en una moto del año catapum.

La abuela estaba delante. Si por ella fuese, el niño habría salido de casa montado en su moto.

¡Quién te ha visto y quién te ve!

¡Con lo severa que fue siempre con mi hermana y conmigo!
Y a los nietos no es capaz de negarles nada.

Hoy la he notado ausente y con la misma mirada que ponían los niños cuando, tras una travesura, esperaban ser descubiertos. Temiendo el castigo, por un lado. Anhelando acabar con la incertidumbre, por otro.

¿Será la medicación la correcta o habrá que cambiarle la dosis? Ahora que caigo, hoy no la he visto tomarse su medio comprimido de cada noche. Mañana, lo primero que haré será comprobar cómo tiene la caja.

Me preocupa, la verdad. Parece fuerte..., pero la veo frágil.

Teresa.

La Vieja Maestra que cuenta lo que vio.

La madre, la hija el señor Alzheimer. 3.^a

Martes, 15 de mayo.

Si Teresa se entera se llevará un disgusto fenomenal.

Lo escribo aquí para desahogarme, porque no tengo a quien contárselo. Luego, esconderé el cuaderno. No quiero que ella lo lea. Es capaz de prohibirme que salga de casa.

Y es que esta mañana he ido al «súper», como hago casi a diario. Solo que, al salir, hacía un día tan bonito que he dado un paseo.

Andando, andando, he ido a parar a una calle que tenía unos árboles preciosos. Yo no creo haber estado nunca en ella. El problema ha sido que no me orientaba para volver.

Todas las esquinas me parecían la misma. Como había decidido no preguntar a nadie —no vayan a pensar que soy una vieja chocha—, me he alejado cada vez más.

Al final, me dolían los pies, me pesaba la bolsa...; y me he sentado en un banco, a pensar. Las personas que pasaban por mi lado no me veían, nadie se fijaba en mí. Mejor, me decía.

Pero cuando he mirado el reloj..., me ha costado un mundo calcular cuánto tiempo llevaba fuera de casa.

Se me ha ocurrido coger un taxi... ¡y no me salía el nombre de nuestra calle!

Me he puesto a temblar. He entrado a un bar, dispuesta a pedir que llamasen a la policía. Tan avergonzada me sentía, que en lugar de pedir ayuda he pedido un descafeinado.

Y me ha sucedido algo increíble. Girando la cucharilla en la taza..., he recordado que vivimos en la calle de Los T...

Le he contado al del bar una mentirilla, que iba a ver a una amiga a esa calle, que era la primera visita que hacía, pues yo venía de otro barrio... Y el señor me ha explicado con toda amabilidad el camino. Es más, una joven que nos ha escuchado se ha ofrecido a acompañarme hasta casi la puerta, pues íbamos en la misma dirección.

Como los niños: al ver nuestra esquina..., me he sentido segura.

A partir de ahora, cuando salga, llevaré un papelito con la calle y el teléfono apuntados. Por si me vuelve a pasar.

Pero no creo. Yo siempre me he orientado divinamente.

¡Ah! Sigo sin tomar las pastillas. Es que no me acuerdo dónde las he puesto.

Emilia

Martes, 15 de mayo.

Estoy reventada. He venido un poco más tarde porque un paciente se ha retrasado.

He tenido que resolver todo a la carrera.

Para más inri, voy a sacar una bolsa de menestra de verduras del congelador. Meto la mano... y sale enganchada la bolsa de los medicamentos de mi madre. La llamo, le pregunto qué significa eso... y contesta que ella no está tonta. Que si yo me pienso que no se preocupa más que de ver cómo esconder las

cosas. Que seguro las he puesto yo ahí, por las prisas que llevo siempre. O «el niño».

Me hace dudar. La veo rara; saca las cajas y empieza a leer lo que yo le tengo escrito:

—Dos por la mañana

—media por la noche.

La observo..., lo lee despacio..., silabeando..., como si fuese un descubrimiento.

Tengo que vigilarla porque se diría que me está ocultando algo.

Pero hoy, no... Hoy estoy molida.

Teresa

La Vieja Maestra que conoce historias.

La madre, la hija y el señor Alzheimer. 4.^a

Domingo, 20 de mayo.

Hoy Teresa está en un congreso y Dani se fue anoche a un concierto.

Los dos volverán tarde.

Como tengo la casa para mí sola, he decidido saltarme los horarios. Fuera rutinas.

Para empezar, me he dado un baño de espuma. Después, me he maquillado. He quedado muy bien, la verdad.

He comido una ensalada delante del televisor.

Y por la tarde he visto muchas fotos. Deben de ser de nuestra familia, pero parientes lejanos o amigos antiguos. Porque lo cierto es que no he conocido a casi nadie.

Hay un chico muy guapo, con un bigotito muy interesante. ¿Quién será? Me hubiera encantado conocerlo.

Soñaré con él esta noche. Me gusta.

Emilia

Domingo, 20 de mayo.

He vuelto del congreso un poco antes de lo previsto. Mejor, pues estaba harta de escuchar palabras rimbombantes para expresar obviedades que todos conocemos. Salvo una o dos intervenciones, lo demás ha sido un peñazo.

Abro la puerta, oigo la tele a todo volumen... y encuentro a mi madre con el mando a distancia en la mano. Sentada en el sofá, pero profundamente dormida.

La despierto con suavidad... y el corazón me da un vuelco del susto. Se había pintado los ojos, los labios, el colorete... Parecía una muñeca pepona.

—Mamá, ¿qué te has hecho?

—Me pinté un poquito; ¿no te parece que estoy muy bien?

La miro con pena y sonrío. No me atrevo a decirle que no, que está ridícula. Que ella no se pintó así ni en sus años más jóvenes.

Y lo que me va a quitar el sueño esta noche es la pregunta que me ha hecho:

—Oye, ¿tú por casualidad sabes quién era este chico tan atractivo?

El pulso se me ha parado por unos segundos. Es mi padre. ¿Cómo puede haberle olvidado después de cuarenta años juntos?

Pobre mamá. Debería llevarla al médico, si se repiten estos episodios.

Teresa

La Vieja Maestra que ve fotos.

La madre, la hija y el señor Alzheimer. 5.^a

Jueves, 31 de mayo.

Es ella. Irene es la que me quita las cosas. Se ha llevado las medias caladas tan bonitas que me compró mi madre... Ayer me las quise poner y no estaban en su sitio.

Hoy le he tendido una trampa. En el cajón de mi cómoda he colocado un pañuelo azul. Sobresalía un poco, para que ella lo viera.

Ya se ha ido. El pañuelo no está.

Ahora lo sé. Ella me registra los muebles. Por eso nunca encuentro nada últimamente. Lo más increíble es que a veces se lleva las cosas y me las devuelve, cambiadas de sitio. Se ve que se las prueba, no le gustan y me las vuelve a traer.

Hoy me ha devuelto tres bragas y un sujetador. Y se ha largado con la blusa verde.

Tengo que conseguir que esta mujer no venga más a mi casa. El problema es que Teresa no se convence. Claro, como sus cosas no desaparecen... Mi hija insiste en que Irene es de confianza. Sí, sí. A saber todo lo que nos ha robado esta ladrona en seis años.

Emilia

Jueves, 31 de mayo.

El colmo. Mi madre está realmente trastornada.

Indicios:

—Insiste en que Irene —que es un pedazo de pan y fiel como ella sola—, le quita cosas.

—Esta tarde me ha hablado de no sé qué medias que le regaló su madre. Supongo que habrá soñado con ella. Porque yo tenía cinco años cuando la abuela falleció. ¿Cómo van a conservarse unas medias desde entonces?

—Después, me cuenta que ha preparado una trampa con un pañuelo..., pañuelo que he encontrado yo, perfectamente doblado, en su lugar habitual.

—Y ya el acabóse es cuando asegura que Irene le roba las bragas, se las lleva a casa y, como no le gustan, se las vuelve a traer.

Mi madre le habla a la pobre mujer de un modo seco, áspero. Le lanza indirectas sobre las supuestas desapariciones.

He tenido un buen sofocón cuando le he explicado que no sé qué tiene últimamente. Le he rogado que no se lo tome en cuenta.

Con lo que esta excelente trabajadora nos ha ayudado, solo me faltaba perderla por culpa de las neuras de mi madre.

Imagino que esto es, sobre todo, producto del aburrimiento. Pero me pregunto si no tendrán sus pastillas algún tipo de efecto secundario, como alucinaciones, paranoia... Si no, no se comprende.

Ya tuve una cita con su médico, que me ha derivado al neurólogo.

Dentro de diez días tenemos la consulta. Espero que sea algo leve. No quiero ni pensar... No, no. Nombrar ciertas cosas da mala suerte.

Teresa

La Vieja Maestra que conoce ancianos.

Don Camilo y su colmena en el aula de apoyo

Hacemos un paréntesis en los diarios de Emilia y Teresa, en espera de su visita al neurólogo. Ya sabes con qué resultado... o no...

Pues hoy ha entrado don Camilo José Cela en el Aula de Apoyo de la mano de un fragmento de su archiconocida La Colmena.

Reader Girl, Mystic Girl, Little Lazy Man y Sports Boy leen el texto. Es un diálogo. Y nos da mucho juego.

Hay narrador —narradora—, según; pues lo leemos dos veces. Y una pareja en la que ella desea que él recuerde que mañana es su cumpleaños. Él... no está muy atento, la verdad.

Resulta que les ha gustado. En general, a mis niños les encanta leer.

Se me ocurre proponerles un trabajo en equipo.

— En un folio, harán un pequeño diálogo libre. Pero ideado por los cuatro. Cada uno de ellos irá escribiendo una frase..., yo se lo fotocopiaré y lo leeremos. Y se lo presentaremos al profesor/profesora de aula respectivos.

Sorpresas de la vida. Yo suponía que me protestarían, pondrían mil pegas... Y lo cierto es que les entusiasma la tarea.

El folio se convierte en un texto muy elaborado, muy discutido... y de un montón de personajes. (Yo les había pedido tres: narrador y dos personas, para que hubiera diálogo).

Discuten. Les digo que han de ponerse de acuerdo. Les propongo votar. Lo hacen.

Quedamos en que mañana, que nuevamente estarán juntos ellos cuatro en mi aula, continuarán.

Más que un pequeño ejercicio, parece que he motivado un novelón.

Te informaré.

La Vieja Maestra que aún se sorprende.

Happyday. Instrucciones para fastidiar a un hijo

1. Tenga un niño al que sobreprotege.
2. Consienta usted que él responda al profesorado con la frase de: yo es que eso no lo hago porque no tengo capacidad.
3. Pida usted explicaciones de por qué la criatura no lleva tarea para casa.
4. Cuando un día la maestra de apoyo le mande una comunicación advirtiéndole que,

Dado que su hijo no ha trabajado... si mañana se presenta sin el material requerido NO entrará en clase...

escriba en la agenda de su niño el siguiente mensaje: le he preguntado por la ficha y dice que se la dejó en clase.

5. ¿Y...?

HAPPY DAY.

- 1ª hora.—Relax.Mates con sosiego. Él... está en clase de Religión.
- 3ª hora.—Relax. Sigue sin traer las fichas requeridas. Siempre es bueno tener amigos. Le llevo a su aula, con el profe de Sociales. Le pongo trabajo...

Y yo me quedo con:

- La diosa Isis y el sistro que llevaba en la mano.
- Los exvotos de Itálica.
- La definición de canon: Belleza, Proporción.
- La descripción de Venus.

(Todo esto viene a cuento de la Hispania Romana y la visita que hicimos al Museo Arqueológico).

- 4ª hora.—Él... no está. Mi amiga la profe de Lengua se lo queda en su aula con un trabajito que le encargo; los otros..., sujeto, predicado, núcleo... Relax.
- 5ª hora.—Mi grupo de teatro acaba de redactar su obra (El mayordomo asesino). Varios personajes. Narradora. Tres actos. Cuidan la ortografía, la caligrafía y esperan ilusionados al día de mañana. Lo leerán, interpretándolo...

Hummm... Happy Day...

La Vieja Maestra se relaja.

Oscuras palabras

Llevan juntos treinta y cinco años. Fueron dos jóvenes ardientes; el tiempo les ha tornado en dos apacibles maduros.

A punto de entrar en la senectud, hablan poco. Todo se lo dijeron ya.

Tuvieron dos hijas. Una triunfó. Vive muy lejos. Ellos saben que es feliz. La otra está más cerca.

Apenas la ven. Trabaja incansable, pero la crisis la golpeó de lleno.

El padre, tozudo, entona el «ya lo sabía» cuando se toca el tema. En ningún momento compartió las ideas de la hija.

Cuando ella decidió marchar, él se enojó. Todos los hombres del mundo le parecían descartables para su niña. Por eso, cuando ella eligió unir su vida a uno, el padre le dio la espalda. No era peor que los otros. Simplemente, era el que le había robado a su querida niña.

La madre calla. Cada mes envía dinero a esta hija luchadora sin suerte.

El padre lo ignora.

Cada mes, él ingresa en la cuenta de la madre una cantidad de dinero.

Hay palabras oscuras que no se emiten.

—Este dinero es para nuestra niña.

—Ya lo sé, pero nunca le digas que yo te lo di.

Las palabras oscuras no se oyen. No se pronuncian.

Pero en la mirada serena de una pareja madura se pueden leer muchas letras.

La Vieja Maestra que lee de todo.

Miguel

¿Sabes qué? Tengo un niño nuevo.

Hoy ha sido un día un poco raro.

En la segunda hora lectiva, hemos estado solas Reader Girl y yo. Los otros habían ido de excursión. (Recuerda, son de niveles diferentes). Hemos disfrutado, pues, de una hora rela-

jada. Ella había terminado ayer un trabajo pendiente y ya no vamos a empezar algo nuevo, dado el tiempo restante (días).

La hora se nos ha ido en hablar de su futuro, es ahora cuando debe decidir hacia qué salida profesional se encamina. Figúrate el problema de elegir a qué te vas a dedicar cuando no tienes dificultades especiales y ponte en el lugar de una niña que tiene problemas específicos, de su familia, de un equipo docente. Es tan difícil acertar con la decisión...

Es preciso valorar sus capacidades, hasta dónde llegan. Y, además, si puede/debe, seguir en la misma localidad. En caso contrario, hay que buscar una solución que incluya:

—Proximidad.

—Facilidad de acceso en transporte público.

—Probabilidades reales de salir adelante. (Léase que no sean enseñanzas y exigencias demasiado inaccesibles —por difíciles— para ella).

—Intentar encontrarle un lugar en el cual encaje, en donde sean sensibles a sus características...

Complicado, complicado.

La siguiente hora ha sido muy placentera. Reunión amistoso/profesional. (Trabajar con amigas, ecuación perfecta).

Y aquí viene mi nuevo alumno.

Me encuentro con que tras el recreo —me he despistado un par de minutos—, andan por las escaleras, con los conserjes..., mis cinco niños buscándome.

Veo sus caras de satisfacción cuando comprueban que no me he ido.

Entran alborotados.

Matemáticas. En tres velocidades.

—Reader Girl: álgebra, funciones.

—Insoporteibol y Thin Man: trabajo individual en sus respectivos cuadernos. Les he puesto unos problemitas, unas operaciones muy básicas...

—Smiling Face y Little Man: representan puntos en un eje cartesiano.

Insoporteibol se lía con los problemas. Le traigo a mi mesa. Los hacemos.

Después es el turno de Thin Man.

Y en mitad de todo este galimatías, me presentan al nuevo compañero. Miguel es un alumno imaginario que ha surgido en la mente del Insoporteibol.

Me lo han dibujado. Le han preparado un sitio. (Será el compañero de mesa de Insoporteibol).

Lo ponen en la pared (un gran dibujo, no le falta detalle; en el que colaboran los cuatro chicos).

Hablan con él, me dicen que lo debo incluir en la relación de alumnos...

Insoporteibol desea a toda costa que llegue la Navidad (no me he equivocado, es verídico). Pues él, como te decía, pregunta si le sentaré con Miguel cuando vuelva en septiembre...

Acaban contagiándome. Yo también hablo de Miguel.

Le repregunto a Inso...

—¿No quedamos en que el próximo curso estarías en....?
(El otro centro de la localidad).